

223

Sr. Ramiro Neyra.

Director de LA ANTORCHA.

La Habana.

Muy señor mío:

Se sirve usted inquirir de mí lo que pienso sobre la situación de nuestra patria, en estos momentos oscuros.

Acostumbro a contestar siempre a lo que se me pregunta, aun de manera menos cortés y delicada que lo ha hecho usted. Pero me siento tan desconcertado, que llego, a veces, a dudar de mi concepción de los hechos, sospechando que, con los años, se me haya empañado mi visión interna, como se van ya debilitando mis ojos.

Puede ser que en torno mío todo haya progresado, y yo me haya estancado; mas lo cierto es que no me parece estar en Cuba emancipada, sino en Cuba española. Se ha exhumado una vieja ley colonial, y se han suspendido las garantías que constituyen el más alto precio de la vida del ciudadano. Se ha montado una máquina complicada, para poner coto a la divulgación de las noticias de general interés; con lo cual se logra, no que deje de saberse lo que se presume ocultar, sino que, por la divulgación subrepticia, tome aspectos más amenazadores. Se habla de suspender las elecciones, como de cosa baldí; de prorrogar los poderes de los funcionarios, como de algo natural, que se cae de su peso. De lo que no se habla es de la presencia de fuerzas extranjeras en nuestros campos, porque, según parece, esto no nos toca ni de cerca, ni de lejos, ni nos importa un comino.

No he agotado la lista, porque lo expuesto es más que suficiente para que se haga usted cargo de que quien se esforzó por cambiar la máquina política que tenía aquí montada España, y bajo cuyo peso se ~~asfixi~~ asfixiaba el cubano, tiene que sentirse muy agobiado por esta balumba que se le ha venido encima.

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Pero sería casi una niñada en mí que quisiera echar la culpa, o la mayor parte de ella, a los que nos gobiernan. En todas partes el que tiene en sus manos las riendas, de un modo u otro, tira de ellas. La porción de culpa que toca a los gobernados debe preocuparnos más; porque si éstos no saben o no quieren poner los límites legales, que tienen a su servicio, a la acción dañosa, es, desde luego, porque no sienten el daño. Y se pierde lastimosamente el tiempo pretendiendo que se ponga en cura un enfermo que se cree sano.

Aquí está el núcleo de nuestra situación. Para alzarse en armas y sumir el país en la confusión más espantosa, los jefes liberales tuvieron a su disposición millares de adictos. Y para ir desbaratando el edificio de nuestras leyes, que debiera protegernos, los jefes conservadores cuentan con millares de amigos.

Y no se alegue que cuanto está pasando, en el orden político, es consecuencia del estado de guerra. No tratemos de engañarnos con argumentos ya gastados. Cuando un país está en guerra, lo que ante todo le importa es la estrecha unión de todos sus ciudadanos; y conspiran contra el interés supremo de la patria, aunque tal vez su obsecación no se lo deje ver, quienes en estos momentos dificultan ese concierto indispensable. Para usar bien de la fuerza material, se necesita de toda necesidad la fuerza espiritual.

Soy su más atento s.s.

Enrique José Varona.

Vedado, 2 de enero de 1918.

(1) Carta publicada en el semanario La Antorcha en su número del 6 de enero de 1918.

